

Voz, radio y (des)amor

Mary Jezz



Capítulo 1

1

«DICEN QUE MI NOVIO ME ENGAÑA»

Gabi ha sido mi mejor amiga desde que tengo uso de razón. Siempre hago lo que dice y sus consejos son como la Biblia para mí; sin embargo, cuando me dice que mi novio, con quien estaba a punto de mudarme, me engaña, es la primera vez que decido no escucharla.

—Esto es muy serio, Esther.

Es el cuarto pasillo del centro comercial en el que me persigue y solo han pasado dos minutos desde la amarga noticia.

—Sé que es muy duro de oír, ipero tienes que controlarte! Grita, insúltalo, ialgo!

Trata de alcanzarme con una mano, pero coloco el carrito de compras entre las dos. La señalo con el empaque de salsas que a él tanto le encantan y se lo tiro en el instante en que derramo la primera lágrima.

—¡Él no me haría eso!

Gabriela se lleva una mano a la cara y se frota los ojos. Tiene la impresión de que ha preparado un enorme sermón para mí; sin embargo, no es la única «primera vez» de esta mañana, porque solo dice tres palabras.

—Es la verdad.

Me doy la vuelta y continúo avanzando. ¿Cómo puede hacerme eso justo ahora? Incluso ya me ha dado una copia de la llave de su apartamento y difundido la noticia entre sus amigos. Se le ve de verdad tan orgulloso de dar este nuevo paso que no puedo siquiera envenenar mi mente a propósito.

Gabi me alcanza otra vez y en esta ocasión se pone enfrente para cortarme el paso.

—Se acuesta con alguien de su trabajo. Hay fotos.

Me detengo. «Fotos». Pruebas. ¿Era eso cierto?

—¿Las tienes?

La sonrisa de Gabi desaparece junto a mi pregunta. ¡Claro que no existe ninguna prueba! Me empino para agarrar el pan para sándwiches y me muevo al siguiente corredor. Han pasado ya cinco minutos y cada vez se hace más difícil mantener la compostura. Gabi trota a mi lado.

—Las tendré.

—¿Sabes lo mal que se escucha eso? Por favor, Gabi. Ya basta, esto no es divertido.

—Claro que no lo es —resopla—, pero ¿quién más te va a decir si no lo hago yo? Esa estúpida se ríe de ti y dice que ha estado en el nuevo apartamento antes que tú.

—Gabi...

—No, Esther. No más concesiones con ese bueno para nada. ¡Además, debería estar acompañándote! Es su día libre, ¿no? Llámalo. De seguro está con esa pe...

—¡Ya fue suficiente! —Gabi se cubre la boca con ambas manos. Una pareja de ancianos voltea a verme y retrocede, y la mamá de un recién nacido corta la conversación que tiene con la encargada de la sección «Panadería». ¡Deberías ser tú la que más se alegra de lo que está pasando en mi vida, Gabriela! No puedes ser una maldita justo hoy. ¡Hoy! Ponte en mi lugar, ¿qué es lo que quieres lograr con esto?

Gabi acomoda su cabello y sorbe aire por la nariz. Su pie golpea el suelo repetidas veces y seca las lágrimas antes de que se escapen de sus ojos.

Quiero retractarme de mis palabras aunque solo logro morderme la lengua y el silencio entre las dos se hace demasiado extenso como para intentar cortarlo.

Al final, sigo siendo la que cede entre las dos.

—Gabi, yo...

Alza la mano frente a ella.

—¿Lo que quieres son pruebas? —dice—. Está bien, Esther. Todo sea por

mi amiga.

Gabriela se marcha y me quedo con la respuesta a mitad de camino. Sin más opciones, termino las compras para el apartamento, pero no lo llevo a donde Luca, como acordamos, sino a la mía. Debo admitir que parte del veneno de Gabi se ha colado en mi cabeza lo suficiente como para desviar la ruta de vuelta a último minuto.

Cargo las bolsas hasta la puerta de la casa. Bruno está de pie apoyado en la entrada, con un cigarrillo entre los dedos. Se sorprende tanto al verme que lo tira al suelo y me quita los paquetes de las manos. Cuando toca mis mejillas noto la humedad que restriega en mi piel.

—¿Esther?

Libre del peso, confirmo lo que ya sé: estoy llorando.

—Me peleé con Gabi. Creo que me odia.

—¿Qué fue lo que pasó?

Le cuento de nuestra discusión en el supermercado y cómo volvió a irse con la última palabra; que quizá algo ha calado en mí, porque me sentí incapaz de ver a Luca a los ojos después de lo que me habían dicho aunque estoy segura de que es mentira, solo que no sé por qué dijo lo que dijo.

Bruno lleva las compras a la cocina y me hace sentar. Cuando vuelve, me entrega un vaso al tope de agua que bebo sin pensármelo un segundo.

—Si es o no verdad...

—No es verdad.

—Si lo fuera —continúa—, debes saber que no es el fin del mundo. Tienes empleo. Tienes... esta casa.

—Es una habitación y un piso de la nevera, Bruno.

—Me tienes a mí.

Sonrío.

—Gabi nunca ha hecho algo para lastimarte. Debió tener sus razones... O de pronto se confundió. Ahora todas las personas se parecen. Quizá vio esa supuesta foto y creyó que era Luca.

La idea de que se trate de un tonto malentendido me tranquiliza y asiento a su favor.

—Le grité horrible.

—Y estuvo mal, pero habla con ella, estoy seguro de que entenderá.

Tomo el celular que me tiende y busco el contacto de Gabi, pero me ha bloqueado. Reviso en todo lado y el resultado es el mismo.

—No es la primera vez... —apresura a decir.

Oh, aunque él no estuvo ahí.

—Da igual.

Me pongo en pie e ignoro a Bruno, que me sigue con la mirada. «Camina erguida, no te atrevas a bajar la cabeza», porque sé que en cuanto lo haga, voy a llorar y será imposible detenerme.

¡Ni siquiera debería estar triste!, ¡¿por qué tuvo que decir eso de Luca?!

No me ha dado señales para desconfiar a pesar de las libertades que nos hemos dado y es el motivo por el que estaba tan segura de mudarme con él. Reviso mis pensamientos. «¿Estaba?» Culpo a Gabi de nuevo antes de encerrarme en mi habitación y decido que es hora de cambiar: no le escribiré hasta que ella se disculpe por el mal trago. Eso y una invitación a comer son suficientes.

Solucionado lo primero, queda el asunto de Luca.

Marco su número y espero al tono, pero al quinto intento me envía directo a buzón. Es momento de parar.

El velo de la realidad se corta cuando cierro los ojos y me permito ignorar las últimas horas del día.

Me despierta el timbre de llamada.

El celular se me resbala de las manos antes de contestar y la luz de la pantalla me ciega unos segundos mientras la voz al otro lado evapora los restos del sueño.

—¡Esther! ¿Dónde está?

No es Gabi, ni Luca.

—Señor López.

—¿Dónde está? —repite—. El invitado del programa llegó hace diez minutos. ¡Usted debía estar hace media hora!

Mis ojos se acostumbran a la luz.

«8:20 a.m.», señala el reloj.

—¡Carajo!

—¿Cómo dijo?

Carraspeo y maldigo cómo pude haber pasado derecho hasta el día siguiente mientras salto de la cama y me meto de prisa a la ducha.

—No era con usted, jefe. Llego en... —Miro el reloj. No tengo ninguna oportunidad de llegar a tiempo—. Deme veinte minutos, por favor. Prometo que se lo compensaré

—¡¿Veinte?!

—Lo sé, ¡lo siento muchísimo! Yo... —Trato de inventar una excusa, pero el corazón me palpita demasiado rápido como para concentrarme en otra cosa—. Tuve una emergencia.

Sé que al Señor López no le agrada para nada la idea, pero confío en que los años que he dedicado a la estación de radio estén de mi lado en esta ocasión.

—Que sean quince.

Abro la regadera.

—¡Dieciocho! ¡Es el mejor! —Y cuelga.

Un cuarto de hora después estoy dentro del taxi, de camino al trabajo. Reviso mi bolso y me aseguro de no haber dejado nada importante: mis credenciales, algo de dinero y uno de los sándwiches que Bruno metió antes de partir.

—¿Puede poner «La Radiosa»?

El conductor se ríe.

—No me gusta esa estación.

—Ah. —No resisto y añado—: Yo trabajo ahí.

Dos cuadras más adelante el auto se detiene. El hombre hunde el claxon y saca la mano por la ventana.

—¡Muévanse que el semáforo no da leche!

Me entierro en el asiento y cierro los ojos con la esperanza de desaparecer. Los otros conductores voltean en dirección al taxi y más de uno responde de la misma manera.

Paso el resto del recorrido con la cara clavada entre las manos hasta que el hombre indica que llegamos; pago sin esperar el cambio y casi me imagino besar el suelo en cuanto pongo ambos pies en la acera.

Corro por las escaleras, pero no he sido lo suficientemente rápida: mi jefe se atraviesa justo en la entrada de mi cubículo y apenas me ve señala su reloj.

—Luego hablaremos de esto, señorita Sánchez. Agradezca que tiene un excelente reemplazo. Continúe e intente ponerse a la par del programa, imagino que al menos lo escuchó de camino.

—Sí, por supuesto —digo sin pensar.

Saludo con una sonrisa a Tatiana, que me hace un sitio a su lado. Está enfrascada en su conversación con Lissandro, el cantante que ha permanecido en la cima de las listas por casi tres años consecutivos: ríe casi después de cada uno de sus comentarios y estoy tan cerca que la escucho suspirar.

—¡Lissandro!, ¿conoces a mi colega, Esther?

—Es un gusto —digo—. Tuve la fortuna de hablar antes, pero solo vía telefónica. ¡Es un placer tenerte en La Radiosa!

—Gracias, Esther. ¿Puedo decirte así? —La risa de Tatiana se me contagia—. Tu compañera me preguntaba hace un instante de mis técnicas de seducción, ¿debería preocuparme?

Me guiña un ojo. Debió percatarse de cómo revisaba mis notas, ¿es acaso un ángel?

—Oh, ¡para nada!, yo también estoy interesada. Desde el tour del año pasado no he dejado de escuchar tu música un solo día. Estoy segura de que no soy la única, ¡y las fotos del camerino repleto de regalos lo

confirma!

—Puedo decir que he tenido suerte —dice.

«Suerte».

Pienso en la mía, en cómo a pesar de la tranquila vida, a veces deseo que brille un poco más, fuera de la rutina. Quisiera ser la invitada, no solo «la de la radio».

Tengo lista mi siguiente pregunta, cuando el celular vibra.

Una. Dos. Diez veces.

Trato de apagar el aparato, pero es difícil sin quitarle la mirada de encima a Lissandro y recibo otra tanda de notificaciones. Tatiana me mira irritada y la entiendo por completo. Hago la nota mental de invitarla un fin de semana en agradecimiento.

Aunque quizá sus intenciones no sean tan puras.

—Disculpa... —susurro.

Lissandro aprieta la sonrisa y se acomoda en su sitio. Supongo que incluso él tiene sus límites. Hace una seña que interpreto como «adelante». Normalmente dejo los asuntos fuera del trabajo justo donde deben estar, pero el estómago se me cierra y la piel se me pone fría. Hoy, y cuando murió mi canario, han sido las únicas veces en las que siento la urgencia de escapar.

Observo la mujer que muestra el reflejo del espejito en medio de la mesa: el sudor me corre por la cara y destruyó el planchado de ayer; a pesar del descanso, tengo las ojeras marcadas y el labial corrido de cuando intenté secarme el rostro.

Agacho la cabeza. ¿Por qué nadie me dijo que me veía así?

La silla me incomoda a pesar de estar hecha para soportar mi peso durante horas y me rasco la nuca hasta que me arde pasar los dedos por ella.

Miro el celular. Es Gabi.

Pienso en la reconciliación y me permito relajarme hasta que leo el único mensaje que ha enviado:

«No querías escucharme».

Y después, al menos veinte fotografías para que no me quedara ninguna duda de que acababa de cogerse a mi novio.

Capítulo 2

2

«LEY DE MURHPY»

—Esther.

Alguien me llama, pero soy capaz tan solo de identificar un murmullo a mi lado.

—Esther.

«¿Estás bien?»

—Esther —repite casi a gritos. Estoy casi segura de que se trata de Tatiana a pesar de que el pitido en mi cabeza opaque su voz.

Me toma de los hombros y antes de verla, el cítrico aroma de su perfume se me mete en la nariz. Tiene una profunda arruga en el entrecejo y las cejas casi tocan sus pestañas; deajo que me sacuda, con la intención de que el repentino movimiento quite la imagen de mi mente.

Cuando noto que me empiezan a arder los ojos y siento mi rostro acalorado, bajo la cabeza y junto las manos entre los muslos. Me repito que estoy bien, que continúe con la siguiente pregunta y me ría del chiste que acaban de contar.

«Contrólate. Estás en el trabajo».

Respiro hondo y me deajo permitir que unas pocas gotas caigan sobre mi piel. Agradezco haberme dejado el flequillo, porque al menos me cubre del invitado. ¡Oh, Lissandro! El calor en mis mejillas arde, ¡quisiera desaparecer!; sin embargo, el silencio se ha extendido demasiado, al punto en que más de uno de los oyentes, inquietos, habrá cambiado de estación. Si estaba en problemas por la tardanza, ahora temo perder mi trabajo.

El huracán en mí pierde intensidad y por fin alzo el mentón. Lissandro y Tatiana han dejado de mirarme y tratan de improvisar, para salvar el programa.

Mientras nuestro invitado responder a la pregunta de por qué inicio en la industria, Tatiana voltea a verme con rapidez y me tiende un espejito para que arregle el desastre que ha dejado mi rímel. Agradezco con una sonrisa, ahora debo invitarla a comer dos veces.

—El apoyo de los fans lo ha sido todo, es un poco cliché, pero sin ellos no habría podido arrancar este... Este sueño. —Alcanzo a escuchar lo último que dice Lissandro. Tatiana me pasa su copia de preguntas porque he arrugado la mía mientras estaba sumida en mis pensamientos. Tomo el papel y me pongo al día, llevamos gran parte de la entrevista, estamos a punto de terminar.

—Lissandro —sonríó. Puedo con esto—, hace unos meses nos sorprendió la noticia de tu noviazgo con la bajista de tu equipo. ¿Cómo surgió esa química?, ¿se ven tan felices juntos!

Lissandro deja escapar una carcajada que intento seguir, pero mi voz suena forzada y me detengo tan pronto inicio.

—Gracias, Esther. Siempre fuimos bastante cercanos, nos conocimos desde pequeños gracias al trabajo de nuestros padres, aunque creo que puedo decir por ambos que ninguno de los dos imaginó estar en una relación con el otro...

Indico a Tatiana para que baje el volumen de la canción que suena en el fondo y que la historia de Lissandro brille

»Recuerdo que todo comenzó una noche, mientras celebrábamos un tour por Europa que había sido todo un éxito. Los demás muchachos estaban demasiado borrachos, ¡lo siento chicos!, y quedamos solos.

—¿El momento perfecto? —pregunto.

—Ya me había dado cuenta de que mis sentimientos por ella no eran los mismos de antes.

—¿Puedes contarnos? Seguro uno de nuestros oyentes está en la misma posición y tus palabras puedan ayudarlos.

—Bueno..., tal vez cuando empecé a fijarme en los pequeños cambios que no solía notar. ¡Hasta aprendí a diferenciar si usaba un nuevo tono de labial! —Suspira—. Lo que quiero decir es... La veía en cada momento de mis días y estar con ella me emocionaba más que cualquier concierto. Lily, si estás escuchando esto, te amo.

Tengo que morderme el labio para evitar llorar. Tatiana, abanicándose el rostro con ambas manos, toma el micrófono y recupera su listado de preguntas. ¿Qué más hay por decir? Las palabras de Lissandro tumbaron

los últimos pilares que me mantenían fuerte y lo siguiente que ven ambos es cómo salgo corriendo de la cabina.

Abre la boca para llamarme, pero todo lo que diga será escuchado por cientos, miles de personas; en vez de eso, agradece a Lissandro por su tiempo y finaliza el programa, encargándole al operador que reproduzca el «Top 10» de la semana y sale detrás de mí.

—¡Esther! —No se ha quitado sus auriculares, pero se ha asegurado de que todo está desconectado—. ¿Qué diablos pasó ahí dentro?

La pantalla todavía me ilumina con las imágenes de Gabi y mi novio de fondo; repaso las curvas de sus cuerpos bajo las sábanas que cubren casi nada y el nudo en mi estómago se aprieta a tal punto que comienzo a buscar la salida al baño más cercano.

Tatiana me quita el celular de las manos.

—¡Qué hijo de puta!

—Regrésamelo.

—Por favor dime que los mandaste a la mierda. —Volvió a ver la foto—. ¡¿Esa no es tu amiga?! ¿Por eso llegaste tarde?

Me entierro las uñas en las palmas y niego, con la mirada en el suelo.

—Acaba de enviármelas.

—Ah... —Suelta el aire con pesadez y me rodea los hombros con un brazo. Es una cabeza más baja que yo, pero de algún modo logra empinarse para que estemos a la par.

—Gracias.

—Debes confrontarlo.

—Yo sé, pero no... —Me seco los ojos, hace un rato que dejé de pelear contra el llanto—. Íbamos a vivir juntos.

—Con mayor razón tienes que hacerlo

Tiene razón. Qué crueldad, ¡qué burla! Miro la credencial. La sostiene un lindo tirante de corazones que me regaló Luca a los meses de salir se me ha enredado con uno de los botones de la camisa. Solo puedo pensar en la repulsión que me genera y el propio asco de haber sido tocada por manos que habían pasado por alguien más. Me froto con fuerza el

antebrazo, la piel se me irrita.

Tatiana me suelta y aprovecho para deshacerme tirante y guardarlo en el bolsillo de atrás del pantalón. No puedo verlo siquiera, sin pensar en esa maldita imagen.

—Lo sé.

—¿Necesitas algo más? —Mira el reloj de su muñeca y se le escapa un vistazo hacia la cabina, donde ambas debemos estar.

—No, gracias, Tatiana.

—Y... ¿Te quedas?

Lo haré, por supuesto, pero ahora no me siento con la fuerza suficiente para fingir más. De todos modos, la silueta de Lissandro no se ve más a través de la traslúcida puerta. Se ha ido y mi tiempo en el programa no continúa sino hasta la tarde, luego de las intervenciones de los demás locutores.

—Solo un momento.

Levanta el pulgar y se marcha, dejándome por fin, sola con mis pensamientos.

Falta todavía para el mediodía, se me ha quitado el apetito y no sé con quién hablar acerca del torbellino que siento. Dejo que mis piernas me guíen en automático, y cuando vuelvo a estar consciente de mí misma, me encuentro fuera del edificio, con el vago recuerdo de mi jefe reprocharme que «esperaba más de mí», y la segunda de tres advertencias como una pesada cadena al cuello.

Dos strikes en menos de un día.

Me acomodo, sentada en el andén y abrazo mis piernas. Ahora me gustaría transportarme a uno de los felices rincones de mis recuerdos; no obstante, en la mayoría de los que aparecen primero se encuentran las dos personas que acaban de apuñalarme por la espalda.

Ensimismada, apenas tengo tiempo para reaccionar para alejarme y esquivar una puntiaguda moto negra que por poco me aplasta los pies. Alcanzo a leer la palabra «Ninja» inscrita bajo el asiento, mientras el calor me revienta la cabeza. ¡Es suficiente! ¡No puedo con más mala suerte el día de hoy!

Preparo mi mejor insulto cuando el hombre que la maneja se percató de mi existencia, tirada en el asfalto, con la ropa ahora sucia y unos cuantos

raspones en los brazos, y estira una mano en mi dirección. Me rehúso a tomarla y en cambio me enderezo sin su ayuda; él de inmediato entiende mi respuesta y la devuelve al manubrio, apaga el monstruo que maneja y baja casi de un salto.

La voz se escucha distorsionada por el casco.

—¿Estás bien?

Recojo mi celular del suelo y limpio la pantalla recién quebrada. ¡De nuevo esa maldita pregunta!

Trastabilla cuando le empujo al pasar, y alza ambas manos para darme el resto de la calle.

—¡Claro que estoy bien!

Veinte minutos después, estoy de vuelta dentro del edificio. Me he apropiado del mejor sillón de la sala de descanso, e incluso he recuperado el sándwich de Bruno; me esfuerzo a animarme gracias a las pequeñas victorias del día: el sol ha vuelto y se filtra por la ventana, y la luz rebota en las agradecidas plantas que cuelgan en las paredes; el café en mis manos es maravilloso y por fin encuentro refugio, lejos de mirada de Tatiana, que no paraba de seguirme desde mi regreso a la estación.

Hoy más que nunca necesito que pase algo bueno: tengo una segunda emisión después de la intervención de un reciente locutor que no termina de convencerme y del que solo sé, se llama Darío Luna; y mientras López asegura que será el boom para «La Radiosa», no encuentro el motivo por el cual hubiera considerado sensato aceptar una sección que rivaliza con la mía, justo una al lado de la otra.

El letrero de «Al aire» se enciende sobre mi cabeza. Reviso el luminoso cartel bajo él y leo el ridículo nombre del programa: «Un hombre».

Conecto los auriculares al celular y sintonizo la emisora:

—¡Acabo de encontrarme, amigos míos, la persona más extraña de todas! Deiv, ¡pon una buena!

El beat de fondo es la canción que ocupa el puesto número dos, después de Lissandro, un reggaetón que jamás sería escuchado en mi sección.
¡¿Qué es esto?!

»¡Así está mejor! —continúa. «¡Y encima corta la música con sus comentarios!»—. Antes de contarles..., debo confesar que he venido sin almorzar, lo sé, lo sé, ¡es una tragedia!, lamentablemente mi mujer no tenía tiempo para ayudarme y el jefe me dijo que no fuera como esta otra

chica... En fin, ¡qué problema!, él sabe que jamás les fallaría a ustedes, muchachos. ¡Y menos con una semana de trabajo! —ríe. ¡Cómo se atreve!—. No sabía que la vida era tan jodidamente cara, ¡pero no se sientan mal, si nuestro querido ministro no sabe el precio de la canasta básica! Podría ser peor, por supuesto. En otras noticias, comienza a circular el rumor de movilizaciones en las ciudades principales que pueda expandirse al resto del país, así que cancelen sus planes, si es que tenían.

—Ugh.

Dejo de escuchar cuando se junta con el tal Deiv, en una competencia de chistes sin gracia que me hace desear estar sorda, hasta que quedan solo cinco minutos de esa tortura. Estoy a punto de quitarme los auriculares cuando Darío cierra su sección, y siento que me hielo con cada palabra:

—¡Y esa chica, qué extraña era, de verdad! Casi lo olvido. Quise ofrecerle mi ayuda, ¿pero qué tipo de persona se sienta a mitad de la carretera? Bueno, no importa, pero ¡imagínate mi sorpresa cuando me empujó!

Capítulo 3

3

«HE TENIDO DÍAS MEJORES»

—¡Me dejó en ridículo! —digo en cuanto pongo un pie en su oficina, al acabar el breve programa de Darío. Las paredes están tapizadas de un color azul brillante y a su espalda hay una larga repisa con una veintena de macetas en ella.

Solo he subido hasta el último piso del edificio un par de veces y aunque he arreglado el maquillaje, las arrugas al final de mi blusa delatan el manojito de nervios en el que me he convertido.

Estaba a punto de entrar para mi segunda intervención, pero Deiv me detuvo: primero pasarían algunos hits dirigidos por Darío y yo volvería al aire en media hora. Una amarga sensación corroe mi mente: se siente casi como una traición.

El Señor López levanta la mirada de su libreta y me juzga en silencio; ya está al tanto de mi arrebato a mitad del programa y de cómo Tatiana tuvo que finalizarlo antes de lo debido. Hoy ha sido un día de mierda y solo quiero que pasen las cinco horas que todavía me separan de casa. Sin la fuerza suficiente para enfrentar a Gabriela y a Luca, es la mejor opción antes que desplomarme frente a ellos.

—Siéntese por favor, Esther, qué bueno que la veo. Quería hablar con usted.

Me doy cuenta de que le acabo de gritar a mi jefe y me muerdo la lengua, pero ya es demasiado tarde. Ha hecho de cuenta que no vine a su oficina a faltarle el respeto y en vez de la reprimenda que espero cabizbaja, me señala la silla frente a él y le da un sorbo a su café. Hasta que no me acomodo y quedamos a la misma altura, no me doy cuenta de las profundas ojeras que tiene ni de que su rostro ha envejecido en las últimas semanas.

El ímpetu con el que entré se ha desvanecido y me quedo quieta, fría como una quebradiza escultura. El silencio que se establece entre ambos hace que la imagen de las dos personas más importantes para mí hasta este día vuelva a burlarse de mí, y debo clavarme las uñas en las manos

hasta que mi respiración se tranquiliza y logro sostenerle la mirada.

—¿Sucedió algo?

Se frota la barba y me tiende un portafolio rotulado con «Finanzas 2024» en la carátula. Consternada, la recibo y lo abro en donde me ha señalado; corresponde a la lista mensual de cada programa de la estación. Las secciones musicales, al igual que las noticias que se dan por la mañana, han traído la mayoría de las ganancias. Ojeo en busca de la mía, y me alivia ver que los números permanecen en verde, aunque los demás tengan ventaja.

—Está bien, ¿no? —digo mientras le devuelvo la carpeta. El Señor López me dirige una apretada sonrisa y tengo el impulso de arrebatarse el informe para asegurarme de haber leído bien.

—No hay pérdidas —responde.

¿Por qué no me siento conforme con sus palabras?

Me froto las manos y doy un rápido vistazo alrededor: siento que las paredes se mueven hacia nosotros y colapsarán en cualquier momento. Los labios del Señor López se mueven sin que escuche su voz.

—¿Cómo dijo?

Mi jefe arruga el entrecejo y le da un nuevo sorbo a su café. Los muros se han detenido y el rostro del Señor López vuelve a recuperar su nitidez. Es solo el estrés, me digo, necesito descansar.

—Su programa, Esther. Tiene muy poca audiencia.

—Pero... está bien, tiene ganancias, tiene...

—Si usáramos su espacio para las secciones de mayor ingreso sería beneficioso para la estación. No me malinterprete, señorita Sánchez, usted me agrada y creo que es divertido. —El semblante pierde la calidez antes de añadir—: créame que he hecho todo lo posible, pero debe entender usted también que así son los negocios.

Cierro la mandíbula, que se me ha desencajado. ¡No puede hacerme esto después de una década de trabajar para él!

—Puedo cambiar algunas cosas, si le parece.

Necesito salvar mi programa, mi sueño, el proyecto que me ha permitido un techo y comida todos los días; apenas sobrevivo a las deudas como

para ser una más de la cifra de desempleo.

Me mira como un animalito lastimado. Su compasión me sabe a mierda y echo la espalda hacia atrás cuando estira el bazo para ponerme la mano sobre el hombro.

—Las órdenes vienen de arriba, me pidieron que hiciera algunos cambios, quieren darle un aire nuevo al programa. Seamos sinceros, Esther, ¿consejos amorosos? —Entrecierra los ojos y las cejas se le curvan hacia arriba.

—Me escuchan cientos de personas, señor. —Esta vez lucho para que la voz no se me quiebre.

López suspira y revisa de nuevo los datos del portafolio mientras me remuevo en mi asiento. Ha sido de los primeros programas de la estación y desde gané mi audiencia a pulso he logrado hacerme un nombre; destruir eso solo porque sí... Contengo el aire en mis pulmones y ruego para que el día me sonría hoy aunque sea solo esta vez.

Pasa página tras página y anota varias cifras en su propia agenda; es muy pronto todavía para cantar victoria; sin embargo, no puedo evitar que la semilla de la esperanza se siembre en mi interior. López

—Intentaré abogar por usted, pero no prometo nada. —Asiento mientras me aferro a la posibilidad. Él toma su teléfono y me muestra la pantalla con el número de la central en ella, cubre el altavoz y me susurra—. Le daré aviso de lo que me respondan.

Con los nervios de punta como para decir algo más que un simple «gracias», agarro mi bolso, me despido y salgo tan veloz de la oficina como puedo. En el peor de los casos me quedan unas cuantas horas de mi último día de trabajo. Arrastro los pies hasta la cafetería: no podría ver ahora mismo mi puesto en la estación ni descansar en la sala común de hace un rato por si llega alguien y no logro guardarme todos los golpes del día para mí sola.

Pido una botella de agua y me resguardo en el rincón más alejado de la puerta. Hay pocas personas a esta hora; la mayoría aprovecha el descanso del mediodía fuera del edificio, y aunque he recibido un par de notificaciones de colegas que me invitan a almorzar, dudo en si abrir los mensajes sea lo mejor. Incluso Tatiana me ha escrito varias veces desde que nos separamos en la mañana, así que es probable que la noticia esté en boca de todos.

Cruzo los brazos sobre la mesa y meto la cabeza en el espacio que se forma entre ellos. Aquí, las dos palmas que flanquean el lugar me proveen del escondite que necesito en este momento; la madera se siente cálida

gracias al sol que se cuele por la ventana y la fresca brisa me arrulla mientras mi mente se aleja y divaga en el recuerdo de Luca y cómo parecía fundirme con él cuando nos encontrábamos a solas, lo fácil que se sentía cerrar los ojos y descansar sobre su pecho y la familiar sensación de sus manos sobre mi cuerpo. Ahora Gabriela conoce también el tacto de su piel y no puede ser más vomitivo.

Miro en el celular cuánto tiempo tengo hasta tener que regresar; me quedan doce minutos para volver con calma y revisar mis anotaciones. Saco la libreta del bolso y comienzo a andar, sin poder ver las páginas que correspondían a la entrevista con Lissandro sin que se me forme un nudo en el estómago. Esta vez no me acompañará Tatiana y no tengo ningún invitado preparado para mi segunda intervención, sino que continúo con mi parte favorita del programa: «Mientras te cuento de amor». Solo que ahora no me queda suficiente de él.

No es la primera vez que me quiebro fuera de casa, pero sin duda es tan dolorosa como las demás. Me doy unos golpecitos en el rostro y sorbo la nariz; siento el amenazante ardor en los ojos que precede al llanto; sin embargo, consigo distraerme con las letras coloridas de mis apuntes hasta que subo un piso y llego afuera de mi cabina.

Justo a tiempo, y para cuando abro la puerta, veo que mi jefe ya está dentro, sentado en donde suelo ubicarme, y trato de buscar en su mirada alguna pista que me prepare para recibir la última palabra.

Se pone de pie en cuanto me ve llegar. Tiene puestas sus gafas y los ojos se le ven enormes tras el lente; en los escasos dos metros que nos separan se pasa la mano por el ralo cabello. Carga un portafolio bajo el brazo y los otros dos que ha traído descansan en la mesa circular.

«Mala señal».

—Por favor.

El Señor López respira hondo.

—Logré llegar a un acuerdo con la junta de la emisora. ¿Quiere tomar algo, señorita Sánchez? —Me niego a su invitación; la vejiga está a punto de estallarme y los nervios no ayudan para nada.

Necesito saberlo sin más dilaciones.

—¿Me quedo con mi programa?

Mi jefe abre la boca y la cierra de inmediato. La pequeña planta de la fe se

seca y muere en el acto.

—Seguirá trabajando para la estación.

Cierro los ojos. Oh, Dios mío, al fin una buena noticia.

—Gracias, igracias, Señor López! —Abrazo mi bolso con fuerza y miro a mi alrededor, pero no hay nadie más que nosotros dos—. Solo dígame qué debo hacer y voy a cambiarlo ya mismo. Es más, idebería estar comenzando el programa dentro de poco!

—Espere, Esther.

—¿Señor...? —La voz me tiembla; «tranquila», pienso mientras una rodilla está a punto de ceder, «estás a salvo, él mismo lo acaba de decir».

—Insistieron con traer una imagen fresca, Esther, y usted ya no es lo que ellos están buscando. —Una a una sus palabras me rompen por dentro. ¿Cómo pueden hacer eso?, no, no tienen derecho; no es justo.

—Pero...

—Yo no luché por su programa de consejitos amorosos, Esther, en eso estoy de lado de la junta. —No me da tiempo siquiera a procesarlo, cuando añade con tanta lentitud como para que aquello que han elegido se grabe a fuego en mi cabeza—. Les gusta el chico nuevo... Aunque reconocen que usted tiene una audiencia considerable y la felicitan por eso.

La boca se me abre de la indignación; no necesito ningún título ni los numerosos premios para entender lo que pretende. El Señor López alza el dedo índice y luego conduce mi mirada hacia el par de micrófonos.

»Esperan que este cambio sea de beneficio para la emisora, Esther. Por favor, no me mire así, si todo sale bien puede aspirar a un aumento de sueldo —dice con una sonrisa—. Considérelo. Usted y él en un mismo programa, es la única condición.

Capítulo 4

4

«UNA CABINA PARA DOS»

Mientras habla, observo el movimiento de alguien en el reflejo del cristal y cuando me giro, el panorama se llena del rostro de Darío; la sonrisa se le deshace en cuanto me reconoce como esa «mujer grosera» de su programa y aprieta los labios para forzar una amable sonrisa que no me molesto en devolver. El Señor López le palmea el hombro y ríe, aliviado de la llegada del nuevo, que pasa a mi lado como si fuera yo la turista del edificio.

—¡Eh! —Me arreglo el cabello y acomodo el cuello de la blusa antes de bordear la mesa y tomar el micrófono más cercano.

—Esto es así —dice mi jefe—. Quieren ver cómo sería un programa producido por ambos, ver cómo se manejan. Sánchez, ¿qué tema tenía preparado para hoy?

Pongo frente a mí el celular con mis notas. Me niego a aceptar que haya algo que podamos compartir. Al ver a Darío de reojo, me percató que ni siquiera me presta atención: está demasiado ocupado con su móvil y lleva los auriculares puestos; incluso alcanzo a escuchar la canción que reproduce en ese momento. Doy una larga mirada al señor López en un último intento de que se compadezca de mí; no obstante, sé que está tan atado de manos como yo, y que no podría hacer nada aunque quisiera.

—Quería hablar del primer amor, señor.

Desvío la mirada para evitar la mueca despectiva y me debato entre eliminar o no el segundo renglón, que dice «rupturas amorosas».

—¿Qué opinas, Darío?

Observo con atención a Darío, que se encoge de hombros, todavía con la mirada clavada en el celular; al menos me da la libertad de escoger el contenido del programa, pero la sensación de aliviarme por ello me calienta la cabeza.

El señor López se da unas palmaditas en la panza y se truena los dedos; recoge sus cosas y murmura un breve adiós que me sabe a derrota, al

cual trato de restarle importancia mientras me esfuerzo en pensar en que al menos algo de toda mi vida sigue siendo mío. Me giro hacia Darío, que ha dejado a un lado el celular. Ha detenido la música y ahora se limita a observarme con los ojos entrecerrados y el cuerpo recargado sobre la silla reclinable.

—Supongo que eres la jefa. —Sus palabras se habrían escuchado amables, de no ser porque apenas lograron escapársele de entre los dientes.

—Pues sí —respondo—. Ya sabes cómo es el programa, ¿cierto? Solo trata de seguir el ritmo y estarás bien. Es más tranquilo que tu... trabajo.

—Nunca lo he escuchado.

Lucho contra mis emociones pasándome la mano por el cabello varias veces; Darío vigila mis movimientos como si estudiara quién es el más apto para dirigir el programa, ya que en realidad, aunque quisiera protegerlo, soy consciente de que dejará de ser mi proyecto en menos de un minuto.

—Ah, con razón. Ya entiendo varias cosas.

—Oye, Esther, ¿verdad? —Asiento. Treinta segundos—. ¿Tienes algún problema conmigo? ¿Es por lo de esta mañana?

Alzo una ceja.

—Claro, y por cómo te referiste a mí en tu estúpido programa. No tienes ni idea del día de mierda que he tenido, y ahora perdí el trabajo de mi vida por tu culpa.

Diez segundos.

Darío queda con la boca abierta, pero no dice nada más. El hombre de la cabina empieza a contar y es hasta el último momento, que él se vuelve por última vez hacia mí.

—El mundo no gira en torno a ti —dice justo antes de que la luz roja encienda.

—¡Hola, mis queridos oyentes! —Saludo. Darío se acerca al micrófono y exclama un «¿qué tal?!» que me interrumpe; me froto el cuello y la idea de soportar esto para siempre me crispera los nervios. Esto será más complicado de lo que pensaba—. Se preguntarán qué hace este extraño aquí con nosotros, ¿verdad? Mis amigos, idéjenme confesarles que no son los únicos sorprendidos! Puede que unos pocos de ustedes lo reconozcan, pero para aquellos que no, se trata de mi colega Darío, quien se quedará

un par de días en la sección.

Darío suelta una risa.

—Si por unos días te refieres a todos, estás en lo cierto, Esther. Gracias por presentarme con tus amigos. Quién diría que la extraña que se atravesó en la carretera sería mi compañera de trabajo.

—¿Verdad? —Respiro hondo. Sé que intenta meterme en su juego, pero no lo logrará; estoy segura de que buscará la primera oportunidad para sacarme de en medio y volverse el rostro de la emisora.

Le doy un vistazo mientras termina de hablar: el cabello le cae en oscuras ondas hasta el cuello y parte lo lleva atado en media coleta. Tiene el aspecto de un criminal, con el brazo izquierdo lleno de tatuajes y varios piercings atravesándole las orejas y el labio inferior.

—Bueno, amigos míos, basta de introducciones. Sé que están emocionados, pero venimos a hablar de algo importante: escuché a Esther hace un rato, tiene un tema... fascinante para ustedes el día de hoy, ¿me repites cuál era?, ya se me olvidó.

—El primer amor.

Lo siguiente que escucho es una carcajada al lado mío. Noto que las mejillas se me encienden cuando pasan varios segundos y él todavía ríe; ¡está haciéndome quedar en ridículo! Intento salvar el momento al sumarme a él; sin embargo, mi voz se oye plana a su lado.

»¿Por qué no nos cuentas qué es lo que te causa tanta gracia? Este es un tema muy importante, porque...

—¿Qué puede tener de importante algo que pasó cuando no diferenciabas la derecha de la izquierda?

Mi mente divaga en el pasado. ¿Cómo fueron esos días rosas durante mis años adolescentes? De todas formas, la miel no duró más que unos pocos meses antes de que me rechazara y conociera a Luca al año siguiente, pero ¿a dónde me llevó todo eso? Tal vez si nunca me hubiera enamorado de esa primera persona, jamás habría andado por los caminos que me llevaron a encontrarme con Luca y todo el dolor de hoy no existiría.

Me enfoco en la luz roja del muro, incómoda por la insistente mirada de Darío sobre mí.

—Más de la que te imaginas.

—Claro, claro, tú eres la experta. —Alza ambas manos y se echa sobre el espaldar de su asiento—. Te escucho, es mi primer día y estoy tan interesado por saber los secretos de tu primer amor.

Oh, no, nada de eso.

—¿Te parece? Por qué no mejor, escuchamos qué tienen nuestros queridos oyentes por decir. Recuerden que pueden escribirnos a través de nuestras redes oficiales para que sus preguntas y saludos aparezcan al aire, ¡vamos con el primero!

Aprovecho la rendija que he creado para escabullirme por ella y hacer a un lado el foco en mí; mientras espero que lleguen los mensajes, me pregunto si Gabriela o Luca estarán escuchándome, y sin terminar de decidirme sobre qué prefiero, una notificación me trae de vuelta. Narro las anécdotas de varios oyentes y respondo otras tantas preguntas: consejos para la primera cita, ideas para detalles y palabras de aliento para los corazones ilusionados. Darío pasa un buen tiempo sin decir nada, pero sé por sus expresiones que no está de acuerdo con la mayoría de mis palabras. La media hora se pasa veloz y el silencio de su parte mejora mi estado de ánimo, hasta que llego a la última intervención:

—Creí que estaríamos para siempre, pero dentro de unos meses se irá del país y dijo que lo mejor era terminar nuestra relación, ¿debería luchar por los dos? —Leo. Sus palabras me conmueven y de no ser porque Darío está a unos centímetros de distancia, podría haberseme derramado un par de lágrimas—. Querida, lamento tu situación, ¿por qué no intentas hablar con él? Si el amor es fuerte...

—Aún así acabará —termina Darío por mí. Me volteo con los ojos abiertos, incrédula de lo que acaba de decir al aire; por primera vez, es ahora Darío quien evita mi mirada y no logro descifrar si sus labios se curvan en una mueca o una sonrisa—. Olvídete de esa persona, mira hacia adelante. Es mejor. Muy bien, mis amigos, ¡con esto concluye la sesión de hoy!, esperamos que hayan disfrutado de la compañía tanto como nosotros disfrutamos con ustedes. Por ahora, un poco de música. ¡Adiós, adiós!
—Hizo la misma seña de antes a la cabina y la luz de «Al aire» se apagó.

No espero a que se retire los audífonos y me pongo en medio del camino. Darío suspira; apenas y se ha aguantado durante el programa, pero no disimula un poco conmigo.

—No puedes decir eso, no sabes por lo que está sufriendo la pobre chica.

—¿Quién eres tú para darle falsas esperanzas? ¿Qué, acaso quieres que vaya, se ponga en ridículo y termine más destrozada que ahora? No tiene caso, es mejor que se libere de una vez, entre más rápido lo haga, más

rápido lo superará.

—Eres un estúpido.

Darío se pone de pie y hasta ese momento me percato de la diferencia de alturas: no le llego ni al mentón y su cuerpo el del doble de ancho que el mío. Aprieto los puños, dispuesta a no dejarme mover de mi sitio, pero él se cruza de brazos y se apoya en la pared detrás del asiento.

—¿Puedes dejar de insultarme, por favor?

—¿Qué? Yo no...

—Ya basta, Esther. ¿Qué edad tienes?, ¿crees que te devolverán tu estrellita si te portas como una idiota? Te equivocas. Ahora, hazte a un lado. No tengo por qué soportarte. ¿Te digo la verdad? —Alzo el mentón, desafiándolo. Él tuerce la boca y asiente—. Estás loca.

Muevo mi silla para pasar a un lado y yo, estática, consigo darme la vuelta cuando él ya está en la puerta. Darío se gira un instante y señala mi celular, que aún sigue sobre la mesa.

»Y no sé quién sea esa tal Gabriela, ni de dónde te conoce, pero deberías alejarla de tu vida.

Espero a que sonría, pero apenas hay expresión en su rostro. Las manos me tiemblan cuando él me deja sola en la cabina: no sé qué ha visto, pero lo sabe; la farsa que soy y lo inútil que se escucha mi programa ahora. Al tercer intento desbloqueo el celular y reviso los mensajes de la cuenta oficial de la emisora, mas no encuentro nada. Aquello que hubiera visto Darío, ahora solo lo conoce él.

Capítulo 5

5

«CLAIRE DE LUNE»

Estoy a punto de marcharme a casa. Mi jornada ha terminado y necesito hundir la cara entre las almohadas para olvidarme de este día de mierda, pero mi jefe nos ha citado apenas terminó el programa para una breve reunión sorpresa y ahora no solo debo quedarme más tiempo en el edificio de la emisora, sino que vuelvo a estar sentada al lado de Darío. Desde que nos despedimos no me volvió a decir ninguna palabra y es mejor así; tal vez esto le ha tomado por sorpresa al igual que a mí, y no se esperaba tener que verme más tiempo antes de mañana; claro, si es que conservo el trabajo para entonces.

El señor López deja una copia de las estadísticas frente a cada uno y entrelaza los dedos. Soy la primera en tomar los resultados y debo esforzarme para mantener una expresión neutra al advertir que le ha ido mejor en comparación de los datos que mi jefe me mostró por la mañana. Miro desafiante a López.

—¿Qué decidieron?

—¿Qué puedo decir? Les ha encantado la dinámica, quieren más de eso. El canal estalló con las intervenciones de los dos.

Una parte de mí se tranquiliza al saber que me quieren en el trabajo todavía; por el contrario, la otra...

—Por mí bien. —Me interrumpe Darío, que ha soltado el folio sin siquiera mirarlo—. Fue divertido.

—¿Estás loco?

—¿De nuevo? Creí haberle dicho que dejara de...

—¡Ya basta! —El señor López se masajea la sien derecha. Me endezco en la silla y trato de ocultar la oleada de vergüenza en vano—. Eso es todo. Mañana a la misma hora, seguirán los dos.

—Sí, señor. Gracias. —Me cuelgo el bolso y salgo sin reparar en Darío. Corro escaleras abajo y cuando estiro la mano para pedir un taxi, alguien

me agarra del hombro y me tropiezo contra el pecho de ese maldito.

—Suélteme —siseo—. Voy a gritar si no lo hace.

—Creo que entiendo por qué actúas como una bruja. —Darío tiene su casco bajo el brazo libre y solo me suelta después de forcejear un par de veces.

El rostro se me acalora y pequeñas lágrimas se me acumulan tras los párpados; respiro hondo y retuerzo la tela de la blusa. El semblante de Darío carece de emoción cuando me lleva casi a rastras hasta su moto; supongo que quiere algo de espacio para que nadie le escuche cuando me eche en cara su reciente descubrimiento y me preparo para esconderme detrás de una invisible armadura; sin embargo, su expresión se ablanda al llegar, lo que es peor: lo último que necesito es su lástima.

—Si vas a decir...

—Mira, Esther. —El tono en el que me habla hace que me trague las palabras—. Imagino cuánto te molesta el cambio, aunque tal vez sea algo positivo si nos esforzamos los dos. Todavía creo que tienes la culpa por haberte acercado tanto a la carretera, pero tratemos de olvidarlo por el bien del programa.

«¿Así que no lo sabe?», pienso.

Me extiende la mano para que la estreche; no obstante, entierro las uñas en mis palmas y miro a otro lado. Si le aprieto, toda la ira acumulada se desvanecerá y solo me quedaría con la tristeza, y no puedo permitírmelo. Él se adelanta a mi respuesta y se coloca el casco; trato de explicarme, pero él se encoje de hombros y hace rugir la moto hasta que deja de escucharme.

No me voy a disculpar. Me voy primero, antes de que él se marche; a través de las ventanas veo que el casco gira como si siguiera mis pasos, y arranca después de que me monto en el primer auto que se detiene.

*

Bruno me recibe con comida en casa; puedo olerla apenas entro. Lo encuentro en la sala, iluminado con esa luz tenue que siempre le reprocho porque le dañará la vista, con la nariz metida en unos libros de flora universal y un lienzo a su lado en el que ha puesto los primeros brochazos. Al acercarme, hace sus cosas aparte y me señala el sitio libre

en el sofá. Me percató de que viste unos zapatos elegantes y que al retirarse el delantal lleva puesta una camisa negra de manga larga que le hace resaltar los lunares de su rostro.

Tiene el cabello lacio peinado hacia atrás y al acercarme el olor del gel me hace picar la nariz.

—Te ves bien.

Se encoge de hombros.

—¿Qué tal tu día?

Dejo que me abrace y permito que corran las lágrimas que me esforcé en mantener para mí durante todas estas horas; me aprieta contra él y no dice nada hasta que me calmo, cuando los lamentos se vuelven un quejido apenas audible y me quedo estática, contando las veces que pasa su mano por mi espalda. Varios minutos después soy capaz de terminar una frase sin ahogarme.

—Gabriela tenía razón.

Sé que no hace falta que explique de más. Bruno me toma del mentón y me hace verlo; contengo el impulso de volver a llorar al vislumbrar el lamentable reflejo sobre sus pupilas.

—¿Hablas en serio?

—Me mandó una foto.

«Oh», dice. Sin que me lo pregunte, le muestro en el teléfono los mensajes, que soy incapaz de eliminar. He hecho una copia por si acaso luego decide borrarlos, por si Luca tiene la audacia de venir a casa a decirme que pienso cosas que no son. Él las ve lo que dura un parpadeo y me quita el celular de las manos para dejarlo sobre la mesa en la que tiene sus libros de arte. También le cuento de las reuniones con el señor López y el mal comienzo que tuve con mi nuevo colega.

Al acabar me siento más liviana que cuando llegué. Bruno planta sus labios en mi mejilla y me deja para apagar los fogones. Sirve un plato colorido que hace que el estómago me ruja y comience a comer sin esperarlo.

—Eres el mejor. —Está tan delicioso que pienso que si me enfoco en este momento, olvidaré el resto del día. Bruno hace lo mismo para sí, pero en vez de devorar la comida, pasa la mayor parte del tiempo mirándome. Tengo la boca llena cuando descubro por tercera vez que no me quita los

ojos de encima y me limpio las comisuras de los labios—. ¿Qué?

—Iba a salir pronto. Hay un concierto de piano en el centro.

—No te preocupes por mí, Bruno. Estoy bien, solo necesito descansar un poco.

—¿Estás segura?

Incapaz de decirle dos mentiras seguidas, me quedo en silencio. Bruno se apresura a terminar de comer y mira el reloj que cuelga junto al pequeño TV.

—Puedo decirle al grupo que vienes conmigo. Te vendría bien un cambio de aires..., di que sí. No quiero ver a mi mejor amiga deprimirse por un bueno para nada. Además estará Dania.

—¿Cómo?, ¿ya volvió?

La idea de encontrarme con Dania me sube el ánimo. Nos habíamos conocido de casualidad una noche en la que Bruno bebió como nunca y se perdió de regreso a casa. De no haber sido por ella, no estaba segura de que Bruno hubiera llegado sino hasta el día siguiente. Hacía un año que sin más, salió a perseguir sus sueños a países de los que estaba segura de que no conocía el idioma y luego de las primeras semanas de mensajes y postales, dejé de tener noticias suyas.

—Arréglate un poco. No es que te veas mal, pero luces...

—Gracias.

Corro a la ducha y me meto bajo el agua helada. Dejo que barra de mi cuerpo el peso extra que me ha hecho arrastrar los pies y bajar la cabeza todo el día; para cuando salgo me siento renovada y mi sonrisa brilla en el reflejo de una manera que no creía que lo hiciera por un tiempo. Decido no plancharme el cabello en esta ocasión: quiero ser una persona diferente esta noche. ¡Qué más da! Combato contra la inexperiencia de manejar mi cabello al natural, pero después de veinte minutos estoy conforme con los pequeños rizos que se han quedado en su lugar.

Bruno me llama una vez. El concierto comenzará dentro de poco y debo apresurarme. Busco entre la ropa algo para la ocasión y elijo un lindo vestido color salmón ceñido en la cintura; la última vez que me lo puse todavía no tenía mis credenciales de mayoría de edad, así que no me sorprende cuando me aprieta más de lo que recordaba. Cuando me miro al espejo, casi siento lástima por el idiota de Luca.

Guardo algo de dinero en una cartera de mano a juego y regreso con Bruno, que ya está dentro de un taxi esperando por mí. Da un silbido en cuanto me ve que me prende las mejillas de un color rojo y vocalizo un «¡detente!»

—Entonces... ¿Piano? —Alzo una ceja y Bruno se guarda la risa para indicarle al conductor el destino.

Llegamos poco tiempo después. Es uno de los auditorios más concurridos de la ciudad, famoso por los eventos de arte; conozco de él dado que Bruno suele frecuentar la zona en busca de compradores y para codearse con otros de su gremio. Su teléfono suena y en la pantalla veo el nombre de Dania. ¡Es verdad!, ¡ella está aquí!

Le indica en dónde se encuentra y él me guía por entre los tupidos asientos rojos de las filas de en frente hasta donde Dania está sentada, junto a otras dos personas que no conozco.

—¡Esther! —Si Bruno no me hubiera dicho que se trataba de ella, me habría costado reconocerla: ahora tiene el cabello rubio y un corte moderno que no me atrevería a hacer—. No puede ser, ¡cuánto tiempo! Y mírate, parece que no hubieras cambiado nada.

Río y me siento junto a ella; Bruno se hace al lado de los otros dos y se sumerge en una conversación sobre sus proyectos actuales.

—Solo fue un año, Dania.

—No tienes idea de lo que puede pasar, chica, te traje unos regalitos a ti y a Bruno. ¡Un año! Tengo tantas cosas que contarte.

Es verdad: de casi todas las personas que he conocido, la mayoría ha tenido buenos cambios. Me paso la mano por los rizos, que comenzaron a perder forma, y me pregunto mientras bajan las luces, si debería hacer algo al respecto; el cabello siempre castaño sobre los hombros que adoraba Luca no lo quiero conmigo.

Esfuerzo los ojos para ver el folleto que nos entregaron a la entrada del auditorio. Queda solo un foco encendido a mitad del escenario que alumbra un magnífico piano de cola; una mujer atraviesa la tarima. La dorada luz enciende su vestido rojo como si se tratara de fuego. El silencio es total cuando ella se acomoda en el taburete.

La melodía de Clair de lune atrapa mi corazón a los segundos de comenzar y entiendo por qué este lugar es tan sagrado para Bruno. Me dejo llevar por ella y todavía me siento flotar unos segundos después de que termina la pieza, en el intervalo antes de que el auditorio estalle en una ovación. Le siguen otros pianistas y cuando todo acaba, tengo la

impresión de que apenas ha pasado el tiempo. El auditorio entero se vuelve a iluminar para los aplausos finales y la gente empieza a levantarse de sus puestos.

—Guarda mi número. Lo cambié —Dania se roba el último segundo que saboreo del concierto. Busco dentro de la cartera y entonces caigo en cuenta de que he dejado el celular en casa—. No importa, que Bruno te lo pase. Ven, te presentaré a dos amigos.

Llama con la mano a los dos extraños. Ambos son idénticos, rubios y cejas oscuras, a diferencia de la cicatriz que tiene uno de ellos al lado izquierdo del mentón.

—Los conocí en mi viaje y me los traje una temporada, ¿qué opinas? El rudo se llama Ilán, el otro es Valentino.

Fuerzo una sonrisa cuando ellos se acercan a saludar; sin embargo, me resulta imposible mantenerles la mirada más de un segundo, porque detrás de ellos, al otro lado del auditorio, distingo entre la gente el aspecto criminal de mi compañero de trabajo. Dania sigue la dirección de mi mirada, aunque sé que no verá lo que yo veo.

Darío se remanga la camisa y suelta el primer botón para liberar el cuello. No me ha notado todavía, pero como si sintiera que alguien le vigila, alza la cabeza y sus ojos pasan muy cerca del lugar donde me encuentro.

Capítulo 6

6

«LLAMADA PERDIDA»

Esta vez soy yo quien ha decidido no regresar a casa todavía, a pesar de que Bruno insiste en que he bebido demasiado, me veo fatal y mañana debo trabajar. Hasta Dania concuerda y evito su mala cara llevándome otra copa a los labios.

Ha sido idea de Dania y los gemelos reunirnos al terminar el concierto de piano para ponernos al día, y Bruno eligió el lugar. Estaba convencida de que ir a un bar me ayudaría a animarme, pero vea donde vea solo encuentro parejas enamoradas. Dos veces decido que es suficiente, pero ¿qué haré al llegar a casa? Al menos aquí tengo compañía y música tan fuerte como para silenciar cualquier pensamiento aberrante.

Es un bar amplio; el diseño rústico contrasta con la lista de canciones modernas, la mayoría obtenidas del top semanal de La Radiosa. Hay una mesa larga que se curva en los extremos y divide la zona del barman y los barriles huecos en los que reposan las botellas, y el resto del negocio.

Por fortuna, los efectos del alcohol comienzan a aparecer mas no lo suficiente para dejar de sentirme patética y humillada por lo de hoy. ¡Mi novio con mi mejor amiga! El hombre con quien estuve a punto de mudarme. Qué idiota fui.

Creo que digo lo último en voz alta porque Bruno apoya su cabeza en el recoveco de mi cuello.

—No eres ninguna idiota.

—Já... —Mis pulmones se desinflan—. Gracias. ¿Dónde está Dania?

—¿Dania? —Debe gritar para ganarle a la música. Estira el cuello para buscarla entre la multitud y luego señala al otro extremo de la barra; está junto a uno de los gemelos y ambos entrecruzan sus brazos para probar la bebida del otro—. ¿La llamo?

—No.

Bruno bosteza y yo vuelvo a distraerme con el trago entre mis manos. La última vez que vi la hora, en el celular de Dania al tomarnos una foto, faltaban quince minutos para la medianoche. A las ocho me espera el señor López en el trabajo. Quizá... quizá Bruno tiene razón y lo mejor es ir a casa, de todos modos los párpados ya me pesan. Levanto la mirada y giro hacia él; sin embargo, es a Ilán a quien veo. Retira la copa vacía y me ofrece una nueva, con un líquido rosa que combina con mi vestido.

—¿Dónde está tu amigo?

Me encojo de hombros. La verdad es que no sé cómo ha podido desaparecer.

—¿Te importa si te acompaño? —pregunta.

Mis ojos se dirigen hacia la pequeña cicatriz que parte la barba de Ilán en dos y luego se deslizan hacia Dania. Está a cinco o diez metros, enfrascada en la conversación con quien ahora distingo como Valentino. Contesto con un breve «ya me iba», pero él se ríe y pone la bebida a mi lado. Pestañea lento y se tambalea cuando se sienta a mi lado; debe estar tan o más ebrio que yo.

Me mira los labios y esquivo su mirada: así lo hacía Luca cuando estaba a punto de besarme. Su recuerdo provoca una nueva oleada de lágrimas a las que Ilán no sabe cómo reaccionar; mis hombros se sacuden producto de los espasmos que fracaso en mantener a raya y para cuando me doy cuenta, tengo la cabeza escondida entre las manos y el cabello húmedo pegado por el llanto.

Ilán me acaricia la espalda. Está atrapado conmigo: sabe que irse lo haría ver como un patán.

—Ya, ya.

Pero yo no puedo terminar y ya. Este instante es lo único que necesito para liberarme: ¡he soportado todo el maldito día!

—¿Quieres que llame a Bruno?

Pienso en lo animado que se encontraba por el evento y en el suave zapateo mientras seguía el ritmo de la música; si lo llamo, dejaría lo que estuviera haciendo en un instante y estaría a mi lado hasta la mañana. No quiero fastidiarle la velada. Muevo la cabeza a los lados y escucho a Ilán exhalar.

—¿Te llevo a casa?

A fin de cuentas creo que es la mejor opción.

—Un auto. —Arrastro las palabras. ¿Cuánto he bebido?

—En seguida.

Desaparece y los minutos pasan hasta que dejo de esperarlo; me sorprende cuando regresa luego de casi veinte minutos a mitad de una llamada. Cubre el micrófono y se inclina hacia mi oído; cuando se acerca un perfume amaderado que se me hace conocido se me cuele en la nariz.

—Es el conductor. Está afuera.

—Gracias —respondo y procedo a marcharme, pero Ilán pasa su mano por detrás de mi espalda y me toma de la cintura.

—Dije que te acompañaría.

Vuelvo a echar un vistazo por si encuentro a Bruno, pero con las tenues luces del bar es imposible; camino hasta donde había visto a Dania y le pido que le diga a Bruno que estoy bien y solo he ido a casa.

Dania mira a mi costado: Ilán le sonríe y ella tuerce los labios hacia abajo.

—¿Tan pronto? —¿Pronto? Apenas tendré unas cuantas horas de descanso antes de tener que levantarme e ir al trabajo; ¿quién va a un bar en medio de la semana? Siento que mis mejillas se calientan cuando ella se dirige a Ilán y le palmea el hombro—. La dejo a tu cargo.

—Descuida, Dani.

—Y tú —me dice—, avísame apenas llegues a casa.

Ilán se sienta en el asiento del copiloto y después de indicarle la dirección, disfruto del silencio que reina en el recorrido, solo interrumpido por el bajo volumen de la suave música de la radio. Me adormezco y pego la frente a la ventana; el cristal vibra y amortigua los ruidos de los pocos autos y motos que pasan a nuestro lado. El cansancio por todos los sucesos de hoy cae de golpe y temo que no podré separarme del tapiz.

Despierto al rato. Ilán me sacude el hombro y abro los ojos en lo que reprimo un bostezo. «Ya llegamos», anuncia. Abre la puerta y se inclina dentro del auto por la ventana de enfrente para pagarle al conductor. Caminamos en silencio hasta la entrada de la casa; ya tengo las llaves en las manos y quito el primer seguro. Estoy a punto de agradecer su

compañía, pero sus labios se entreabren y luego los vuelve una fina línea y se recarga sobre la pared.

—¿Puedes regalarme un poco de agua?

—¿Agua? Eh..., claro. Permíteme.

Termino de abrir la puerta y paso primero. El aroma de lo que estuviera usando Bruno se ha adueñado de toda la sala; me muero de la vergüenza: en el lavaplatos hay una pequeña montaña de vajilla sin lavar. Retiro los cojines aplastados y los tiro lejos, y abro las ventanas para que el aire circule.

—Siéntate, por favor.

—Bonita casa. —Da un vistazo al pasillo que conduce a las escaleras. Le agradezco con un gesto y en la cocina limpio uno de los vasos que lleno con agua—. ¿Vives sola?

—Con Bruno —digo mientras le entrego el vaso.

—Ah. —Se lleva el agua a los labios, pero solo se los remoja un poco—. ¿Crees que demore?

Estoy de vuelta a la cocina; la lengua la noto pastosa. Me sirvo un refresco y lo bebo sin respirar cuando me siento al otro extremo del mueble.

—A veces llega hasta el día siguiente. —Estoy distraída con el llamativo libro de Bruno que ha quedado abierto en la página que usaba de referencia para su cuadro; una sombra se mueve en la esquina de mi vista y al voltearme, tengo a Ilán a unos centímetros de distancia. Con la cabeza menos embotada, caigo en cuenta de por qué su perfume se me hacía familiar: es el mismo, si no uno similar, al que usa Luca.

—Dania me habló mucho de ti. —El tufo a alcohol me hace pestañear.

—Estás ebrio.

Ilán se ríe.

Vuelve a mirarme los labios y me escanea con el ceño fruncido cuando lo aparto con ambas manos. «Estoy sola». Mi celular está arriba; recuerdo haberle prometido a Dania escribirle en cuanto pusiera un pie en casa. La calma de la noche es reemplazada por la angustia; oigo claras cada una de las dolorosas palpitaciones y me cuesta sacar voz para frenarlo.

La cancioncita pop que tengo de timbre se escucha apagada desde el piso de arriba; ¿será Bruno? ¿Dania?

—Está tarde, Ilán. —Trago saliva antes de continuar—. Gracias por acompañarme, pero es hora de que te vayas.

Sus cejas vuelven a aproximarse y deseo que Bruno aparezca de una vez por todas, pero este hombre no puede ser malo, ¿verdad? Es amigo de Dania... y un completo desconocido para mí. Me levanto y disimulo llevar el vaso ya vacío de nuevo al lavaplatos, mas lo que pretendo en verdad es dejar la mayor distancia posible entre los dos.

Por un momento me imagino combatiendo contra Ilán en la salita de la casa; busco de dónde agarrarlo si eso pasa para atacarlo antes de permitirle tomar la delantera, pero en cambio él exhala cuando se irgue y pone ambas manos en las caderas. Desde abajo veo el punto en que la barba se le parte en dos por su cicatriz.

—¿Qué te pasa, Esther?

—¿Qué?

Hace el amago de caminar hacia mí y en cambio se detiene y se desordena el cabello rubio.

—Allá en el concierto. Te gusté. Vi cómo te quedaste mirándome cuando Dania nos presentó.

—¿Qué? —repito—. Vete, Ilán.

—Y en el bar —continúa—. Aceptaste invitarme a tu casa. ¡Bruno ni siquiera está! ¿Cómo querías que lo tomara?

Esta vez la voz me traiciona y sale temblorosa.

—Por favor.

—Esther... —Trata de acercarse y tomarme la mano. Reacciono de inmediato y trastabillo hacia atrás.

—¡Largo!

Ilán se queda en silencio unos segundos, alza ambas manos en señal de rendición y me dedica una larga mirada, helada en comparación con hacía un instante.

—Parece que me equivoqué.

Se ha ido hace un rato, pero permanezco tendida en el suelo, con la espalda pegada a la pared que da a la entrada y un plato en la mano por si acaso regresa Ilán, aunque yo misma comprobé que se subía a un taxi y se marchaba. Hasta que el reloj marca las dos de la mañana, decido que es suficiente y subo las escaleras directo a mi habitación. Bruno tampoco ha vuelto.

En mi recámara, lo primero que hago es buscar ese maldito celular. ¿Cómo lo pude olvidar? Reviso bajo las sábanas, dentro del baño y lo encuentro al fondo del armario. Debí dejarlo a un lado mientras elegía qué vestir. Lo enciendo y la pantalla principal está repleta de notificaciones; el nombre registrado es el de Luca: ha llamado dieciocho veces y dejado otros tantos mensajes.

Las letras bailan mientras me esfuerzo en leer por encima con ojos entrecerrados, lo que la vista previa me permite:

«Amor, por favor, puedo explicarlo».

«Contéstame».

«Joder, Esther, coge el puto celular».

Suspiro mientras elimino uno a uno los que voy revisando.

«Linda, no es lo que parece».

«Me engañaron, te lo juro».

«Sabes que te amo, ¿cierto?»

«¡Responde ya mismo o iré a tu casa!»

«Esther, tienes que confiar en mí».

«¿Vendrás a casa?»

Una seca carcajada me hace tomar aire de nuevo y leo el último de los mensajes.

«Te espero».

Quiero aventar el celular al suelo y que se parta en mil pedazos. ¡El muy hijo de puta! Sin embargo, me conformo con tirarlo con cuidado a la cama y encerrarme en el baño a retirarme todo: el vestido y el maquillaje. Frente al espejo, crece en mí la necesidad de hacer un cambio. Debo

acabar con algo, o la humillación y la pena me destruirán a mí.

Luces apagadas, me meto entre las sábanas y tanteo el colchón hasta que encuentro el móvil. Alguien ha enviado una nueva imagen y lo admito, el estómago me arde de pensar que podría tratarse de otra similar a la de Gabi.

Sonríó aliviada cuando veo que se trata de Dania. Bruno debió de pasarle mi contacto. La foto descarga y me veo en el auditorio del concierto de piano, entre ellos dos.

—No me veo mal para ser un día de mierda —bromeo.

Bruno. Aún no ha llegado.

Escribo al número de Dania.

«¿Bruno está contigo?»

La respuesta me llega poco tiempo después: «Sí, le dije que se quedara esta noche conmigo».

Tranquila al respecto, pienso en lo agradable que habría sido su compañía y una punzada de celos me hace clavar los dientes en el interior de las mejillas. Permanece un poco más en línea, pero no respondo a su mensaje. Al final se desconecta y me quedo sola de nuevo.

Necesito un pequeño subidón de autoestima. ¿Por qué no? Y sin pensármelo dos veces, guardo la selfie y la publico en mi Instagram.

Que la vea Luca, que la vea Gabi. Qué más da.